

Respuesta al señor Rodó

I

Nadie admira más que yo el empuje fecundo y triunfal de nuestra América. Hemos realizado un avance tan portentoso en todos los órdenes de la actividad, que parece el nuestro un continente privilegiado donde basta tocar la tierra para hacer brotar la civilización. Pero esta certidumbre feliz no puede impedirnos reconocer que, por causas múltiples, asoma á menudo en la raza más inclinación á destruir que á realizar. Si la fuerza perdida en encender revoluciones y derribar gobiernos para reeditar después, bajo otro lema, las mismas ingenuidades, la hubiéramos empleado, de un extremo á otro del Continente, en trazar ferrocarriles, suscitar iniciativas, organizar la democracia y domar la Naturaleza, nuestras naciones victoriosas se hallarían hoy en la cúspide del adelanto material. Claro está que si medimos la distancia recorrida se nos sube á los ojos una llamarada de orgu-

llo. Pero la costumbre de vivir emboscados al borde de la carretera para apedrear al que pasa, ha entorpecido desgraciadamente el florecimiento espontáneo de la región. Ocupados en impedir la obra de los demás, no nos ha quedado á veces tiempo para realizar la nuestra. Y la impaciencia del mando moral ó material nos ha imposibilitado de tal suerte, en algunos casos, para ejercer acciones durables, que casi se podría decir que hemos procedido colectivamente á la manera de esos ilusos que malgastan en mentirse la apariéncia de la celebridad el tiempo que pudieran emplear honradamente en conseguirla.

De más está decir que estas tendencias generales se han reflejado en la literatura. Nuestro mundo intelectual tomó en ciertos instantes la forma quimérica de un interminable balcón atestado de espectadores que acechaban al transeunte para apabullarle el sombrero. Y aunque una juventud vigorosa y sana, capaz de sentir la alegría y el orgullo de la creación, ha reaccionado gallardamente contra esos gestos pueriles, aun quedan grupos bravíos que se ensañan contra todas las realizaciones, hasta contra aquellas que les son fundamentalmente favorables.

De aquí la placidez con que he aceptado los artículos en pro y en contra de mi *Antología*. El hecho de haber puesto á la disposición de la juventud del Continente un editor y una casa propia en un libro abierto á la colaboración común, no me

parece digno de los aplausos entusiastas de los unos ni de los severos reproches de los otros. Pero los comentaristas tienen siempre razón, y quiero creer que saben de estas cosas mucho más que los autores. Por eso he respondido mansamente, aquí y allá, con un *in tenui labor* conciliante; que si los elogios no me han envanecido nunca, las críticas no me han emocionado tampoco. Además, los papeles tardan tanto en atravesar el Océano, que es imposible sostener polémicas desde Europa. Al cabo de dos meses nadie se acuerda del artículo que provocó la contestación. Sin contar con que estas escaramuzas de alta esgrima no alcanzan nunca á modificar la opinión de nuestros amigos ni de nuestros adversarios. Sólo por cortesía puedo, pues, formular en un paréntesis algunas aclaraciones generales y contestar sucintamente á todos, á propósito del artículo publicado en estas mismas columnas.

II

Cuando el señor Rodó, que no transige con los optimistas, me reprochó no sé qué concesiones al amor propio colectivo (sin reparar en que si yo he sido pródigo en los elogios, él lo ha sido en las críticas, y así hemos resultado dadivosos los dos),

llegué á preguntarme si puede ser preferible la concepción hosca y glacial de los sedientos de jerarquías que multiplican los anatemas y se creen inatacables porque son menos malos que los demás. Pero un verso de Virgilio bastó para desvanecer mis perplejidades, y no tardé en retornar hacia los que abren los brazos bajo el sol, abarcan grandes conjuntos y descubren lo bello en todas partes. Porque no cabe duda de que la vida y los hombres son una mezcla gris de grandeza y de pequeñez, de perfección y de fealdad, de armonía y de discordancia. Lo plausible y lo reprobable están casi siempre unidos, como el metal y la escoria. Y las divergencias de apreciación sólo derivan de los ojos del alma. Unos ven las espinas á través de las rosas; otros las rosas á través de las espinas. Estos sólo se detienen ante los defectos: aquéllos no buscan más que las cualidades. Y todo resulta, en realidad, del color de nuestras fibras interiores, porque lo bueno ó lo malo de las cosas depende del espejo que las retrata; y así como el diamante sólo refleja en el oro su luz, en la piedra proyecta su sombra exclusivamente.

Esto no es, después de todo, más que una opinión personal. Las generosidades del carácter podrán ser bienhechoras ó nocivas. Pero en todos los casos debieran servir para hacer imposible la sospecha de que el que las usa pueda ser capaz de menguadas exclusiones y de olvidos estériles. Mi amable contradictor no lo ha pensado así, y como

no alimento contra él la más leve animosidad, voy á contarle la historia de nuestra pequeña *Antología*.

Todos están de acuerdo en afirmar que era urgente reunir en un tomo el pensamiento y la obra de las nuevas generaciones. Nuestra joven literatura, casi tan desconocida en América como en Europa, estaba pidiendo un colector. Sin embargo, ninguno de los críticos á quienes hubiera correspondido la iniciativa se decidió á intentar el esfuerzo necesario... y peligroso. Yo pensé que esa reserva no era una razón para que el libro se quedara por hacer, como no lo eran tampoco los rencores pasajeros que fatalmente se tenían que acumular sobre el autor; y en ausencia de los que debieron realizarlo, me adelanté, con grave perjuicio de otras labores más personales, á compilar prosaicamente el volumen. Claro está que la obra no resultó perfecta, porque ninguna lo es y porque ésta presentaba dificultades insalvables. Pero ella significa, por lo menos, un pequeño sacrificio de amor propio y un esfuerzo honrado para llenar una necesidad común.

Los que descubren que faltan algunos nombres, no hacen más que repetir lo que yo he dicho en una advertencia preliminar. No es posible reunir materiales y datos completos sin el auxilio de los mismos escritores. Y como no todos contestaron á la nota que les envió el librero, la primera edición tuvo que resultar deficiente. En vano tratamos de

remediar el mal, en la medida de nuestras fuerzas, aprovechando las páginas que la casualidad ponía á nuestro alcance. Los que por modestia, como Emilio Becher, ó los que por orgullo, como tantos otros, se abstuvieron de acudir á la llamada fraternal, cavaron un hueco penoso que ansiamos llenar por todos los medios, pero del cual no somos responsables. Bien sé que faltan los nombres de Pedro Emilio Coll, César Zumeta, Baldomero Sanin Cano, Clemente Palma, F. García Calderón, Juan Agustín García, Carlos Reyles y Ricardo Jaimes Freire, y además los de Samuel Blixen, Eduardo Ferreira, Carlos Roxlo, Andrés Mata, Marco Avellaneda, Henríquez Ureña, Froilán Turcios, Efrén Rebolledo, Arturo Ambrogi, y tantos otros á quienes el crítico, tan olvidadizo como el colector, ha dejado, á su vez, en la penumbra. Pero yo, menos severo que él, no se lo reprocho, porque todos los que están en contacto directo y frecuente con la intelectualidad de América, saben cuán difícil resulta hacer un censo definitivo de la población literaria diluida en tan vastos territorios, y recordar, en todo momento, los nombres de prosistas y poetas que viven en países lejanos y escriben de una manera intermitente. Con el concurso de todos esperamos remediar estas deficiencias en una próxima edición. Pero como no es posible añadir los 183 nombres nuevos que me ha señalado hasta ahora la crítica intercontinental, siempre ha de haber quien se crea perjudicado y ofendido.

La literatura hispano americana parece una selva confusa y en cierto modo misteriosa. Si es difícil descubrir desde París la nacionalidad de determinados escritores de residencia variable y de mariposeo habitual en las revistas juveniles, ¿cómo no ha de serlo adivinar la edad de cada uno en sociedades improvisadas, donde éstos son célebres á los veinte años y aquéllos empiezan á escribir á los treinta? Confieso que, en más de un caso, he apuntado nombres sin saber si cabían dentro de los límites que me impuse en lo que respecta á la edad. ¿Cómo descubrir á los que han pasado de los cuarenta, si nos conocemos tan superficialmente que, á veces, no atinamos á escribir los apellidos con exactitud, y si carecemos á tal punto de datos ciertos, que del mismo señor Rodó yo no sabría decir si figura en la *Antología* á título de precursor ó á título de joven?

Cuando me repiten que faltan algunos literatos ilustres, contesto sin vacilar: los añadiremos. Pero cuando me anuncian que sobran otros, no puedo acceder, también porque si dentro del tejido sutil de malquerencias literarias escucháramos á todos los que piden exclusiones, se desvanecería el tomo. Además, no he hecho la *Antología* desde un punto de vista crítico, que me hubiese obligado á violentar mis convicciones para erigirme en juez. Comprobé que tales y cuales autores gozaban de cierta reputación en su comarca, y los anexé á la obra, sin cuidarme de pesar escrupulosamente sus

méritos. A ello me empujó también la convicción de que todo es, en América sobre todo, relativo. De establecer á la entrada una censura severa, no sólo corría yo riesgo de dejar el libro en blanco, sino de descubrir con mis propias armas de crítico la incapacidad en que me encontraba para juzgar á los demás.

La obra será deficiente; pero ¿quién se atreve á hacer una perfecta? Todos sabemos las dificultades que ofrece una antología, y salta á los ojos que la mejor de todas no puede responder á la concepción particular que cada uno se hace de la literatura. Lo único que puedo afirmar es que nadie emprendió nunca nada con un espíritu más imparcial y más probo. Claro está que el libro ha sido compilado y compuesto con cierta precipitación, como todo tiene que serlo en nuestros países, donde se improvisa la vida y donde los hombres nuevos sienten pesar sobre sus hombros la responsabilidad de las cosas múltiples y contradictorias que urge acometer. Pero una antología de jóvenes ha de ser espontánea como la juventud. Y aunque no he empleado largos años en medir las proporciones, sé que el pequeño libro que he entregado á mi generación para que ella le dé la forma definitiva, servirá, á pesar de sus defectos, para representar ante el porvenir nuestra literatura reciente. Si una duda me quedara, se desvanecería ante la aspereza con que lo han criticado algunos.

III

Pero los que se acantonan en determinados puntos dan prueba de una falta de concepción general que advertimos en el mismo señor Rodó cuando se apercebe á juzgar el Prefacio y se queda enredado en dos detalles: la afirmación de que la verdadera actividad de las letras empieza en la América del Sur con las generaciones jóvenes y las clasificaciones incidentales de «imitación directa» é «imitación aplicada». Que un hombre estudioso y prudente como él se limite á examinar fracciones y pierda pie hasta el punto de olvidar las grandes líneas, es cosa que nos aflige de veras, porque descubre una contradicción amarga entre la grandeza de nuestros destinos y la incertidumbre mental de los hombres que deben darles forma. ¿Cómo? En un trabajo donde se delimitan los orígenes, la influencia española, la influencia francesa, el vértigo de las revoluciones, el despertar de las conciencias, la confusión de las tentativas, la aparición del simbolismo y las características múltiples de la literatura juvenil; en un estudio que abarca, bien ó mal, un siglo de vida inteligente, que sintetiza el empuje de varias generaciones y

que remueve los problemas que más apasionan á la intelectualidad sudamericana, ¿sólo ha descubierto el señor Rodó dos puntos que comentar?

De cualquier manera que se mire, esa actitud no está á la altura de lo que podíamos esperar del crítico. Porque ó se halla él en desacuerdo con mis opiniones y al no decirlo ha faltado á su deber de mentor y de guía, ó coincide con ellas, y entonces salta á los ojos que al abstenerse de declararlo ha dado prueba de una parcialidad incompatible con la ponderación ceremoniosa que lo caracteriza.

Lo que hay en el fondo de todo esto es una nueva manifestación de la triste enfermedad que tantos estragos causa en España y en Sud América, y que consiste en no decir lo que se sabe y en no saber lo que se quiere. La tendencia enojosa á contemporar con todos, inmoviliza á los hombres y les impide descubrir opiniones resueltas y abarcar vastos panoramas. Los que no resbalan sinuosamente evitando los obstáculos, toman actitudes brumosas que los ponen á cubierto de toda explicación. Preguntadles lo que les irrita, y os contestarán eligiendo los detalles para parecer dogmáticos y profundos. Interrogadles sobre lo que les sonríe, y se limitarán á citar nombres indiscutibles y á formular equivalencias hábiles. Ignoran que lo que nos disgusta en ellos es precisamente el empeño que ponen en gustar, porque nada es más fácil que volver la espalda á toda afirmación, dejar obrar á los otros y reservarse la tarea cómoda de fulminar

imperfecciones. Y olvidan que la medida del escritor la da su aptitud para encararse con los bloques de ideas y su audacia para proclamar su convicción con la serenidad de la energía, en estas épocas atormentadas y febriles en que no abundan los hombres desinteresados que, ajenos á los egoísmos personales, sepan servir de quilla á la verdad.

Pero examinemos los puntos que han fascinado al señor Rodó y le han impedido opinar sobre el Prefacio. Según él, la verdadera actividad intelectual de la América española no empieza con las generaciones jóvenes, y á su juicio no cabe hablar de «imitación directa» y de «imitación aplicada». De más está decir que ambas afirmaciones se funden en una sola, con la cual no estamos de acuerdo.

Aunque comparemos el movimiento de imitación de las generaciones que nos han precedido con la manifestación más discutida del decadentismo de 1890, tendremos que reconocer en ésta un progreso notable. El lenguaje se ha rejuvenecido, las ideas se han renovado y la libertad lo ha teñido todo del color del porvenir. Pero con lo que conviene comparar la imitación de antes, si se quiere advertir la diferencia, es con la floración prometedora y original que triunfa en este siglo, con la masa enorme de talentos victoriosos y de individualidades indómitas que están sentando las bases de nuestra literatura definitiva.

No diré que, tomados en bloque, resulten en América los progresos intelectuales tan innegables

como los económicos. Pero si el señor Rodó reflexiona, tendrá que reconocer entre las características nuevas la libertad de lenguaje, el inteligente criollismo, cierto soplo de rebelión y la confianza orgullosa que nos empuja á salvar los límites del continente. Decir que estamos en la misma situación que en tiempo de Montalvo y Andrade, es cerrar en la misma América los ojos ante una evolución que empieza á ser estudiada en Europa. Bastaría recordar lo que ha ocurrido en el Teatro y citar los nombres de Payró, Sánchez, Blixen, Pagano, Peña, Cione, Pérez Petit, Soria, García Velloso, Duhau, Laferrère, Ghiraldo, Fontanella, Levenne, Demarchi, Pacheco, Castagnola, Fernández Duque, Zabala, Santero y otros que escapan á causa de la precipitación con que escribo, para tener la convicción de que, á pesar de ciertas deficiencias, asoma un arte fundamentalmente nuestro. Claro está que como esos autores viven aún, no benefician del vidrio de aumento de la posteridad, pero el señor Rodó no puede exigirles que desaparezcan para conquistar la investidura de fundadores de un teatro.

Es innegable que la imitación directa y servil, que fué la distintiva de los primeros tiempos, se ha transformado en imitación aplicada, es decir, libre. ¿Se atrevería el señor Rodó á sostener (aun haciendo la consabida salvedad de las excepciones) que los escritores de hoy son simples copistas disciplinados? En el Continente se arremolinan todas las

influencias, pero esa misma diversidad de empujes es la que, al dar nacimiento al espíritu crítico y al favorecer la selección, ha hecho brotar las particularidades que acentúan el matiz regional. Por eso es por lo que cuando decimos que la verdadera historia de las letras americanas empieza con las generaciones jóvenes, no aventuramos una paradoja. Entre la intelectualidad de hoy y la de 1870 media una distancia considerable. Nuestros pensamientos y nuestra aptitud para realizar belleza han tenido que progresar como la importancia de nuestros diarios, como el aspecto de nuestras ciudades, como el conjunto de nuestra vida, porque no es posible que cuando todas las formas de la actividad evolucionan y bullen devoradas por la llama del progreso, permanezca estancada precisamente aquella que es el origen y el resultado de las demás.

Ciertas afirmaciones podrán resultar ofensivas para nuestra generación, pero no consiguen hacer olvidar la prudencia con que se ha negado el crítico á hablar de la literatura del Continente.

IV

Si insistimos en ello, es porque ya es hora de que el señor Rodó, que viene mariposeando desde hace muchos años en folletos minuciosos que coin-

oiden con los cambios presidenciales, nos dé al fin en un libro sus opiniones sobre ese asunto. Él no es novelista, ni poeta, ni sociólogo, ni periodista, ni luchador, y su actitud, limitada como está á la crítica, puede emplearse para bien de todos en esa labor necesaria. Para merecer el reconocimiento de América no basta afirmar que yo no he logrado hacer una antología de inmortales; es necesario definir la atmósfera literaria, delimitar sus zonas, descubrir sus corrientes, analizar su composición y establecer una especie de cuadro meteorológico que permita abarcar el estado actual con los antecedentes que lo hicieron posible y las consecuencias ó previsiones que de él se pueden deducir. Esa es la obra que estamos esperando. No lo decimos para molestar al crítico, ni para confirmar vanas superioridades. Ambos somos simples moléculas si nos comparamos con los intereses que están en juego y con los destinos de nuestra raza en el porvenir. Lo hacemos porque experimentamos, como todos, la necesidad de ver condensadas en un volumen la historia y la psicología del esfuerzo mental que ha realizado Sud América.

En vez de estar descorazonando á la juventud con tristes afirmaciones y vaticinios hoscos, conviene realizar cosas durables y sembrar el optimismo y la confianza, que son la distintiva de los fuertes. Todo está entre nosotros por hacer. Inmensos territorios piden brazos y cerebros que los fecunden. La tierra parece hincharse de ansiedad, recla-

mando máquinas para hacer valer su riqueza, exigiendo ciudades populosas para centralizarlas y llamando á los talentos creadores que deben servir de espejo en el despertar maravilloso.

¿Cómo seguir siendo espectadores en medio de esta movilización de actividades? Si yo tuviera que arengar á las nuevas generaciones, les diría:

—Trabajemos, para poder juzgar con más indulgencia el trabajo de los demás. Levantemos los muros de las futuras metrópolis intelectuales. Y lejos de resignarnos á la somnolencia del pescador de imperfecciones, pongamos manos á la obra y ayudemos á modelar la fisonomía de esta América que se adelanta á ofrecer sus tesoros á un segundo conquistador: el pensamiento. No es posible que el mutismo siga pasando por profundidad y la inmovilidad por virtud. Claro está que yerran menos los que menos hacen. Pero la impaciencia y la audacia son las mejores prendas de los trabajadores del porvenir, y los que luchan son los únicos que embellecen la vida, porque al vencer imposibles difunden en torno la atmósfera sutil de esos sueños en que hay figuras que pasan levantando polvo de estrellas en el corazón.
